Núm. 12. 137 30 de junio.

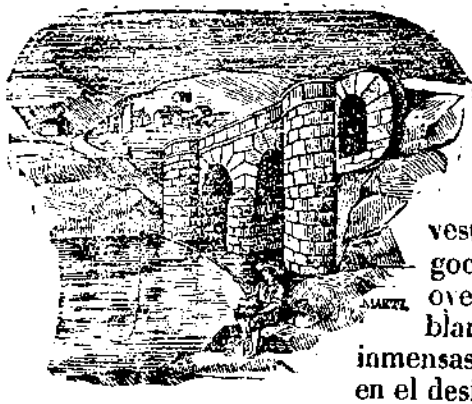
EL RUBÍ.

PERIODICO TRISTI-ALEGRE,

DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y TEATROS.

Este periódico se publica los dias 15 y 30 de cada mes.
La redaccion se halla establecida en la Comision jeneral de libreria, calle de Granada, número 71.
PRECIOS DE SUSCRICION. En esta ciudad, **tres reales al mes**; pero no se admiten suscriciones por menos de un trimestre. En las demás poblaciones, **doce reales por tres meses**, franco el porte.
No será atendida ninguna reclamacion que no se haga en carta franqueada.

PALMIRA.



Palmira, ciudad célebre de la antigua Siria, estaba olvidada hacia largo tiempo, y apenas se encontraban en Europa una docena de personas que sospechasen ecsistian sus vestijios, cuando algunos negociantes ingleses de Alepo, oyendo á los beduinos hablar continuamente de unas inmensas ruinas que se hallaban en el desierto, resolvieron en 1678 aclarar la verdad de lo que en esto hubiese. Su primer tentativa fué desgraciada, pues habiéndoles asaltado los árabes en el camino, los despojaron de cuanto llevaban, y se vieron obligados á regresar sin ejecutar su proyecto. De nuevo repitieron el viaje en 1691, siendo esta vez

Biblioteca Nacional de España

mas afortunados, pues llegaron sin tropiezo al término de su espedicion. El relato de lo que vieron se publicó en Europa, y aunqué halló muchos incrédulos, tambien escitó la curiosidad de no pocos viajeros. Dos ingleses, Dawkins y Wood, despues de visitar estas ruinas, publicaron en 1753 una descripcion de ellas, acompañada de grabados esactos; y esta obra, la mas completa que ecsiste sobre la materia, puede dar á los europeos una verdadera idea de la magnificencia de la antigua Palmira.

«Despues de un penoso viaje por el desierto,» dice Wood, «llegamos á un paraje en que las montañas parece que se juntan; pero queda entre ellas un valle, en el que se ven las ruinas de un acueducto que llegaba hasta Palmira. Á derecha é izquierda vimos varias torres cuadradas, y al acercarnos mas, reconocimos que eran los sepulcros de los palmerianos. Apenas pasamos estos monumentos, notamos que las montañas se separaban á ambos lados, y descubrimos al propio tiempo las ruinas mas numerosas que jamás habiamos visto»—estos viajeros acababan de visitar la Grecia y la Italia—,«y detrás de ellas, hácia el Eufrates, una estension de terreno llano en todo lo que alcanzaban nuestras miradas, pero sin el menor objeto animado. Es imposible imajinar nada tan estraordinario: tanta multitud de pilares corintios y tan pocas paredes, forman el conjunto mas *romántico* que puede presentarse á la vista.»

Con efecto, la sensacion que causa semejante espectáculo no puede trasmitirse, porque la descripcion mas detallada y los dibujos mas esactos no causarian las impresiones debidas á los poderosos efectos de la luz, al conjunto del cuadro, á los recuerdos que escita, y á esa infinidad de emociones simultáneas, que la influencia de un cielo de fuego y una temperatura inflamada producen en el viajero.

Estrabon no hace mencion de esta ciudad, y Plinio la describe así: «Palmira es notable por su situacion, su rico territorio y sus agradables corrientes de agua: se en-

Biblioteca Nacional de España

cuentra rodeada por todas partes de un vasto desierto, que la separa del resto del mundo, y ha conservado su independencia entre los dos grandes imperios de Roma y de los Parthos, cuyo principal cuidado cuando estan en guerra es hacerla tomar parte en su favor.»

Distante Palmira solo tres jornadas del Eufrates, debió su prosperidad á la circunstancia de encontrarse situada en uno de los caminos que abren comunicacion y facilitan el gran comercio que ha ecsistido en todos tiempos entre la Europa y la India. Era un lugar de depósito tan adecuado, que naturalmente debió ser desde los siglos mas remotos un punto céntrico comercial, y sin duda este motivo fijó las miradas de Salomon. La Biblia nos dice que el sabio rey construyó esta ciudad en el desierto, ó por lo menos, segun Josefo, hizo rodearla de sólidas murallas para asegurarse su posesion; siendo lo mas probable que solo la embelleciese y fortificase. Fué llamada Thadmor, *lugar de palmeras*; y los árabes la nombran Tedmor.

Todo cuanto pudo pertenecer á esta antigua ciudad habia desaparecido hacia largo tiempo, y solo despues de la muerte de Alejandro empieza el periodo realmente histórico de Palmira, que adquirió importancia y fama durante el reinado de Seleuco Nicator y de sus descendientes los seléucidas.

Rica por su comercio y embellecida durante varios siglos de paz y prosperidad, esta metrópoli, hasta entonces independiente, esperimentó bajo el dominio de los romanos las mas grandes vicisitudes de la fortuna. Odenato, el último príncipe poderoso de este estado, fué asociado al imperio por Galieno, é hizo con él conquistas importantes en el territorio persa. Zenobia, su viuda, le sucedió en el trono, y el filósofo Longino fué el dueño y el ministro de esta reina. Era la princesa mas heróica y de mas luces de su tiempo, aunque afirman algunos que se daba con demasía á los placeres de la mesa. En el año 270 de Jesucristo fué vencida por Au-

Biblioteca Nacional de España

reliano, el que condenó á muerte á Longino por haber dictado la carta en que Zenobia se negaba á someterse al imperio romano. Poco tiempo despues degollaron los palmerianos á la guarnicion que habia dejado el emperador en su ciudad: este regresó á ella, y destruyó para vengarse una gran parte de los edificios de la poblacion; pero algunos años despues mandó elevar otros magníficos y reparar el templo del Sol. Diocleciano hizo tambien en su época muchas construcciones en Palmira. En fin, Justiniano mandó hacer varias obras en la ciudad y la proporcionó agua; pero estas obras no tuvieron otro objeto que el de fortificarla.

El cristianismo tuvo pocos prosélitos en Palmira, y despues de Mahoma sirvió solo de plaza fuerte: el templo del Sol fué aspillerado y algunos castillos turcos se elevaron entre las ruinas y en los montes inmediatos.

El espacio de tiempo comprendido entre las fechas del monumento mas antiguo, que es un sepulcro de Jamblico, y del mas reciente de la época de Diocleciano, es de cerca de 300 años, contándose desde el 3.° de Jesucristo, y encierra el bello periodo artístico de Palmira. Todos estos monumentos pertenecen al órden Corintio y ofrecen modelos admirables de estilo y ejecucion, á pesar de que se resienten del amaneramiento y de la profusion de adornos que caracteriza esta época del arte antiguo.

Los restos de Palmira cubren una vasta llanura atravesada en su lonjitud por una série inmensa de columnas, que ocupan una estension de 1300 toesas. «Aquí» dice Volney, «estas columnas formaban grupos, cuya simetría ha destruido la caida de algunas de ellas: estan formadas en filas tan prolongadas que, semejantes á los árboles de una alameda, se pierden en lontananza y no parecen sinó líneas interminables.» Esta vasta calle, cuyo centro está ocupado por grandes pedestales, que sostienen columnas tambien, empieza en el monumento de Jamblico y termina en un arco triunfal. Despues se lle-

Biblioteca Nacional de España

ga al templo del Sol, en donde mas que en parte alguna la arquitectura prodigó sus riquezas y desplegó su magnificencia. El recinto del patio que le encierra tiene 679 pies en cuadro, y por la parte de adentro reinaba todo al rededor una columnata doble: el templo, que ocupa la parte céntrica, tiene 47 pies de fachada y 124 de fondo, estando cercado de un peristilo de 41 columnas.

Una innumerable multitud de columnas de todos tamaños, caidas las unas y las otras de pie—pero todas sin capitel—,templos, peristilos y sepulcros, se encuentran acumulados á derecha é izquierda de la calle principal y forman con las construcciones turcas, las mezquitas y los vestijios del culto cristiano, ese conjunto imponente de ruinas, cuyo espectáculo escita la admiracion de los viajeros y ha dictado á Volney sus inmortales inspiraciones.

C.

SUSPIROS DE AMOR.

CANTILENA [1].

Dueño amado,
yo he pensado
contemplando tus ojos de fuego,
que me roban
el sosiego,
cuan dichoso me haria tu amor.
Vida mia,
la alegría,

[1] Esta linda composicion fué escrita para leerse en consonancia de un precioso vals en una de las últimas secciones de competencia que ha celebrado el liceo alicantino.

Biblioteca Nacional de España

si sonries, encuentro en tu boca,
y á adorarte
me provoca
de tus labios el púdico ardor.

—

Y tu en tanto
oyes con fiereza
mi amoroso canto,
ingrata belleza;
la cabeza
vuelves rigorosa
si te dice hermosa
mi trémula voz.
Dime ¡oh bella!
puesto que á mis ojos
eres clara estrella,
que ahuyentando enojos,
los abrojos
torna en lindas flores,
¿por qué con rigores
me niegas tu amor?
¡Vida de mi vida,
calma mi tormento!
Dime: ¿no te apiada
mi humildoso acento?
¿No ves que mis labios
dicen la verdad?
Ten, pues, ánjel bello,
ten de mí piedad.
Dime que eres mia,
y el dios ceguezuelo
al punto abrirános
la puertas del cielo,
dó ánjeles en coro,
al vernos llegar,
con cítaras de oro
nos han de cantar.

—

De Citeres despues correrémos
las vegas sembradas de adelfas y rosas,
y allí
las delicias de amor gozarémos,
tornando sus bosques en grutas hermosas
por tí.

Biblioteca Nacional de España

Yo con yedra y con blancos jazmines,
emblema de pura y eterna constancia,
mi bien,
ceñiré en tan risueños jardines
con frescas coronas de dulce fragancia
tu sien.

—

Vuelve, pues, mi vida,
tus hermosos ojos;
calma ya, inhumana,
calma tus enojos,
pues nadie en el mundo
te adora cual yo;
y ya cesar debe
tu injusto rigor.
Mi amor será eterno;
tu faz hechicera:
piensa la ventura
que ya nos espera,
y no mas retarden
el plácido sí
tus labios hermosos
de puro alheli.

Alicante. N. Camilo Jover.

LA CONQUISTA DE MALAGA.

NOVELA HISTÓRICA.

I.

El motin.

Era el 15 de mayo de 1487.

Algo estraordinario pasaba en Málaga ocupada entonces por los moros, pues se veian numerosos grupos por las calles y se hacian preparativos bostiles en toda la poblacion. Todos preguntaban,

Biblioteca Nacional de España

y á cada cual se le hacia diferente relacion de las desastrosas noticias que circulaban.

Entre los grupos que habia en la plaza se veía uno mayor y mas compacto que los demás.

—De un momento á otro aparecerán los cristianos por el lado de Velez, decia Ali-Fax, jefe de los albarbares, que se hallaba en él: han hecho una horrible carnecería en los pueblos del Oriente, y la media luna sucumbe en todas partes.

—Maldicion! esclamó otro. Es necesario escarmentar á esas hordas de cruzados, que vienen á arrasar nuestros hogares como el viento destructor de Zahara.

—Sí, escarmentemos á esos orgullosos cristianos, que se atreven á inquietar al lobo cuando duerme.

—¡Por el profeta, gritaba un tercero, que es preciso esterminarlos, y sobre todo á su jefe, á ese Fernando, que viste un manto teñido con la sangre de nuestros hermanos, bordado con el oro de nuestras minas y guarnecido con las pieles de nuestros ganados!

—Sí, á las armas! respondieron todos.

—Poco á poco, amigos, poco á poco, añadio Ali-Fax. No es tan fácil eso como os parece. Para pelear con tan formidables enemigos necesitais un jefe: ¿contais con él? Para acometer tan árdua empresa teneis necesidad de un guia que os conduzca á la victoria, un hombre atrevido, que os haga recuperar nuestro hollado estandarte: ¿este hombre donde está?

—Pues qué, abandonaréis á vuestros soldados? gritaron en coro los que le oian.

—No permita Alá que tal pensamiento atraviese mi cerebro; pero bien sabeis que nuestro poderoso señor me hizo jurar por mi parte en el Eden que obedeceria en todo á Abenconija, el gobernador de esta soberbia plaza.

—Y qué? preguntaron algunos con ansiedad.

—Abenconija, ó mas bien su hermano Muley, que es quien por él gobierna, me ha mandado, bajo el pretesto de la prudencia, esperar al enemigo dentro de las murallas. Yo no puedo hacer mas que obedecer.

—Pero entonces nos sitiarán, replicó uno.

—Y un sitio es horroroso, añadió otro.

—Mucho mas cuando escasean los víveres, dijo un tercero, y el rey Boabdil solo cuida de la capital desde que á ella se retiró.

—No sentirá Abenconija los horrores del hambre ni los estragos consiguientes á nuestra situacion, prosiguió Aly-Fax, pues ya veis que se ha encerrado en la Alcazaba con sobradas municiones de boca y guerra.

Biblioteca Nacional de España

—Infame! gritaron algunas voces: merece la muerte.

—Aun hay mas, continuó diciendo Alí: afirman que tiene intelijencia con los cristianos y ajusta la entrega de la ciudad.

—Á las armas, hijos de Ismael! gritó uno de los mas osados. ¡Caiga la maldicion de Alá sobre la cabeza de Abenconija, que vende á sus hermanos!

—Á las armas! gritaron todos los que componian el grupo.

Un rayo de feroz alegría brilló en los ojos del jefe de los albarbares.

—Alí-Fax sea nuestro caudillo! dijeron muchos.

—Viva Alí-Fax! esclamaron otros.

—Viva! repitió la turba, ¡viva, y mueran los traidores!

Una multitud de musulmanes armados de cimitarras y de hachas se dirijieron hácia la Alcazaba.

Espantosa fué la escena que se siguió.

La turba pedia á voces las cabezas de Abenconija y de Muley, y proclamaba á Alí-Fax gobernador de la plaza. La guarnicion de la fortaleza procuró ahuyentar á los amotinados, valiéndose de las armas; pero esto no hizo mas que aumentar su cólera; y á pesar de los esfuerzos y de la valerosa resistencia de los soldados, no tardaron en penetrar por las puertas del castillo, que saltaron en astillas al golpear de las hachas, arrastrando el pueblo al internarse por los salones cuanto se oponia á su furia.

Alí-Fax, entre tanto, habia penetrado en las magníficas habitaciones del gobernador. Qué objeto le llevaba á ellas? Sin duda no era el de robar, porque á sus ojos se presentaban inmensas riquezas, de las que no hacia caso. El palacio del gobernador era suntuoso, vasto y se hallaba rodeado de las murallas de la Alcazaba; el pórfido y el oro ostentaban allí por todas partes su tersura y su brillo; cuanto puede imajinar el lujo, todo lo que ya no se puede inventar y se ha olvidado, se veia en aquella voluptuosa mansion.

Alí-Fax era indiferente á todo esto; buscaba á alguien; pero todo estaba desierto.

—Moraima! se le oia decir entre dientes. Habrá huido? No me perdonaria jamás el haberme descuidado.

Pero su fisonomía cambió de espresion cuando sus miradas descubrieron por las entreabiertas hojas de una puerta á una mujer arrodillada, con las manos dirijidas al Mediodía y tan embebida en la oracion, que no sintió los pasos de Alí-Fax hasta que estuvo muy cerca de ella. Entonces alzó los ojos y dió un grito: le habia conocido, y sin duda no le era grata la visita.

—Qué me quereis? preguntó, levantándose y tomando una actitud, que revelaba la dignidad y el orgullo ofendidos,

Biblioteca Nacional de España

—Moraima!

—Hasta aquí habeis de perseguirme? ¿no os basta haber atraido la cólera del pueblo sobre las cabezas de mi padre y de mi tio? ¿no teneis bastante con sus vidas, sinó que tambien quereis la mia? Pues bien, tomadla.

—Ah, Moraima! ¡Moraima!... Os amo, y he jurado que seréis mia. Cuando me arrojabais de vuestra vista, cuando pagabais con desdenes y desprecios la ardiente pasion que por vos siento, callaba y sufria; pero cuando Muley osó colocar su mano sobre mi hombro, prohibiéndome con injuriosas palabras volver á veros... Oh! mucho amor os tengo, puesto que no arranqué el alma á aquel hombre... solo le salvó el título, sagrado para mi, de padre vuestro. Despues, cuando os retirásteis á esta fortaleza, bajo el pretesto del terror que os causaba la aprocsimacion de los cristianos, pero en realidad para huir de mi, ya no pudo haber barrera alguna que me contuviese: de todo era capaz por acercarme á Moraima, todo lo emprendí, y... ya lo veis, he llegado hasta vos.

—Si; todo lo habeis emprendido... ¡sois un valiente, Ali! Habeis conseguido vuestro intento sirviéndoos de la calumnia, que es el arma de los cobardes... ¿Pero sabeis cual es el premio que os espera?

—Oh! una mirada tuya, Moraima, una mirada de amor, de compasion, es cuanto deseo.

—Amor! compasion! .. Odio, desprecio es lo que obtendrás de mí.

—Pues bien, yo sabré vengarme; yo sabré derramar toda la sangre de Dorlux, de ese odioso rival favorecido... Pero entretanto eres mi prisionera, Moraima, ya que no has querido que yo fuese tu esclavo.

Un fuego infernal resplandeció en los ojos del albarbar, y ecsaltado por su ciega é insensata pasion, adelantóse hácia la jóven, la agarró brutalmente por un brazo y la arrastró consigo fuera de la habitacion.

.....

Entretanto habia corrido la alarma de estremo á estremo de la ciudad; todos combatian, todos mataban, y nadie sabia porque: cada cual comentaba sin dejar de descargar golpes los sucesos de aquel dia. Lo mas encarnizado de la pelea, de aquella lucha atroz y fratricida, se hallaba en la Alcazaba. Abenconija y Muley estaban al frente de unos pocos hombres que se conservaron fieles á sus jefes, porque en todas las relijiones la fidelidad es una virtud, y en todas partes se encuentran corazones virtuosos, aunque harto escasos por desgracia. Largo rato hacia que un hombre estaba esponiendo su vida por salvar la de Muley: herido y maltratado, aun

Biblioteca Nacional de España

servia de escudo al cuerpo del anciano; pero en un momento en que se defendia de algunos que le atacaban, desapareció el padre de Moraima de su vista. Entonces sintió desfallecer su ánimo y, debilitado por la sangre que perdiera, cayó desplomado en tierra.

En aquel momento se oyeron grandes gritos por la parte de la ciudad: habian visto aparecer en el horizonte y por el lado de Levante un peloton de jente, que creciendo y acercándose por instantes, tomó al fin el formidable aspecto de un ejército. Cuando estuvo ya mas cercano, las brillantes armaduras, los penachos, los estandartes, en cuyo centro campeaban cruces, no dejaron duda: eran las tropas de los reyes católicos, que avanzaban hácia Málaga.

El mayor peligro, el interés comun, hizo que olvidasen los musulmanes sus desavenencias: todos acudieron presurosos á las torrecillas de las murallas, desde donde se descubrian los enemigos, y bien pronto quedó desierto el sitio que pocos momentos antes se veia convertido en sangriento campo de batalla.

El Pobre Diablo.

LA GUÑOLERA.

Tengo mi chosa enramá,
colgá é felipichin:
aquí no ay ná é joyin;
ió ej aseo y caliá.
¡Ar guñuelo
benga jente!...
¡qué caliente!...
¡jierbe ya!...—
¡Je! ¡Juaniya!
¡yamaora!
la señora
que'entre acá.

¿No oy'osté, carita é sielo?
Entr'oste entro é mi chosa,
y mir'osté, so garbosa,
¡que rubio tengo er guñuelo.
¡Qué caliente!
¡qué bien frito!—
Señorito,
entr'osté,
que la masa
ej correosa,
y esta chosa
ej un pinsé.

Mir'oste, on Limpiadiente,
que guñuelo tan risao:
no sea osté regateao,
que lo tengo mú caliente.—
Mia, Felipa,
con recato
echa un plato
á ese señó.—
¿No lo quie?
Pus que juya,
¡aleluya!
y s'acabó.

Con la ganancia, mañana

Biblioteca Nacional de España

iré á la tienda é on José,
y un bestio mercaré
de borselina é lana.
Porque quico
pá mi boa
í á la moa
é la siuá,
y que bea
mi Juanelo,
que er guñuelo
es un caudá.

EL TIO CREPÚSCULO.

CRONICA DE ESPECTACULOS.

TEATRO.=Solo tenemos que hablar en esta quincena de una comedia en tres actos, ejecutada el dia 18 á beneficio del Sr. D. José Warella. **Un marido como hay muchos** nos ha dado un buen rato. Se suceden con rapidez las escenas y los acontecimientos por medios muy naturales, resultando de cada uno de ellos una situacion altamente cómica: los caractéres estan bien sostenidos, el fin es moral y, en una palabra, reune cuanto puede desearse en composiciones de la clase á que pertenece. Los actores estuvieron felices en sus papeles, y muy particularmente la señora Llorens, y el beneficiado, que siempre lo está en los de este jénero, vulgarmente llamados de calavera.

En la misma noche se estrenó la piezecita en un acto, titulada **El ventorrillo de San Juan de Alfarache**, que tiene buenos versos; pero que considerada como comedia vale muy poco. Es solo una alocucion patriótica. Se le mutiló un buen pedazo por no haber quien cantase; de modo que de zarzuela quedó reducida á sainete.

La concurrencia fué bastante numerosa.

¡Llegó la Guy-Stephan!!! ¡tenemos en Málaga á Petipá!!!... Ya era tiempo.

CIRCO.=Segun anunciamos en nuestro número anterior, ha vuelto la compañía ecuestre del Sr. Ghelia á dar funciones, que siguen concurridas y agradando.

Málaga: Imp. de D. Antonio Benigno Cabrera, calle de Granada, núm. 74.

Biblioteca Nacional de España